

# La habitación donde nunca amanecía

Cuando Cenutrio, tabernero, barajó por última vez las cartas, aún no había cambiado de postura el abuelo desde por la mañana. Los yernos la habían ocupado en arreojar el vino en la bodega, cuidando de que no entrara en ella mujer con regla, dando de mano a eso de las doce por mor de la visita anunciada de una parentela lejana.

—Va a llover.

—Mejor para vender el trigo: con los días nublados no suele asomarse el garrapatillo.

Las nietas habían estado deslizándose por el arambol de la escalera un rato, yendo luego a la huerta a cortar tres repollos para regalar.

—Ya están al caer. Con este tiempo siempre se tarda un poco más.

Podía estar pensando el abuelo en que sus yernos habían vuelto pronto, antes, al menos, y que bien hubiera estado dejar repleto el volquete con la uva machacada para llevarla temprano al alambique.

—El otro día me comí un guisante de estos congelados y una vez que se le fue el frío, estaba bueno.

—Sería de la primera cogida. La segunda ya es peor, la tercera apenas sí vale, y ya la cuarta para los cerdos.

Quizás pensaba el abuelo en que las cristalinas gotas de aguardiente rezumadas tiempo atrás por el pellejo y la pepita de su uva, estarían presidiendo ahora desde el rincón más sórdido de la taberna de Cenutrio, pared con pared consigo, el barajamiento de la vida con cuarenta cartas usadas. Pero no cambió de postura en toda la mañana, sentado en silencio a la luz tamizada por los visillos del ventanuco, pareciendo buscarse piel adentro por algún alivio de la memoria. Su cuarto tenía los huecos cegados con telas negras.

—A él no le hace falta la luz, —había dicho la abuela clavando las cortinas.

—Ya chispea. Va a ser buena.

Cenutrio cantó su triunfo con porrazos y con risas, haciendo temblar la pared cercana al abuelo, y el pastor, que acababa de bajar del monte tras quince días de aldrán, lo miró con sus ojos cansados, hechos a escudriñar la noche, somnolientos al alba. Igual que el viento le podía entrar ábrego o solano, obligándolo a cambiar de postura el aldeo en la madrugada, así las partidas con Cenutrio, según el aire de las cartas. El abuelo escuchó el golpe de gracia sobre el tapete de hule, la vibración del tabique, el alboroto del triunfo, el remolino del arrastre de sillas. E imaginó al pastor en silencio, acariciando su gorro de montero, olor a cabro, masticando lentamente su mata de romero, aún con el tintineo de esquilas a flor de oído, triste por haber perdido esa vez, otra, desde dos semanas atrás en que bajó por últimas, dejando la soledad del monte por la otra soledad del pueblo.

—Ya estamos los que quedamos: Cenutrio, el pastor, la abuela y yo.

Las casas vacías se alineaban prietas de argamasa como en un juego de terrario en el que un viento loco la hubiera levantado para ir gastándolas poco a poco. Apenas un candado, un débil cerrojo, una herrumbre de alambre, servían de títulos de propiedad. A veces un pájaro vocinglero chocaba con fuerza contra la abandonada campana que en su día llamara a cónclave, y los límites del pueblo se llenaban de la sensación de un eco lejano, de fiesta olvidada. Los plateados chopos aguantaban firmes las embestidas del viento y frotaban sus hojas en lo alto como una multiplicación de manos ateridas, intentando provocar palmas para llenar el vacío.

—Hay que aprovechar el rampojo.

—¿Qué murmuras?

El abuelo no cambió de postura. Le llegó como un agua fresca la revolera de los nietos bajando por el arambol, las bromas de los yernos venidos de la ciudad para arreojar el vino.

—Hay que apartar el hollejo para hacer orujo.

La abuela le fue poniendo en sus manos trozos de queso y pan, rodajas de buen chorizo despielado, vino viejo. El abuelo comió en silencio, en un perseverante silencio, atendiendo más al tacto tibio de la mano compañera que a las palabras que flotaban por la casa.

—Dentro de cuatro días cumplirá noventa.

La mano de la abuela le arrimó un plato caliente. Sonó el tintineo de la cuchara como una sola esquila en el monte, midiendo la distancia con la loza. Sorbo a sorbo acabó el caldo, después, un pescado tierno y amarillo que apenas cató, un café denso y humeante, y como extra, un vasito mediano de aguardiente.

—Vamos, abuelo, un poquito en empine no cae mal.

Así estuvo mucho rato, rozando el cristal con los nudillos, abarcándolo con tres dedos y llevándoselo a los labios. Pared con pared sintió a Cenutrio y al pastor sentarse de nuevo. Quizás pensó desde su mirada blanca que volvían a dirimir criterios de nómada y sedentario a través de una revancha. Cada dos semanas, la partida. El pastor esperándola monte arriba; Cenutrio oteando el almanaque pueblo abajo.

—Me gustaría que ganara el pastor.

La abuela lo obligó a moverse:

—A mí me da igual gane quien gane. Anda, échate la siesta hasta la tarde.

El abuelo se sintió guiado con paso de ceremonia hasta el cuarto oscuro donde las ventanas habían sido cegadas con telas negras.

—Aquí no hace falta luz. El no la necesita.

—Ya llueve fuerte. ¿Y los que iban a venir?

—Con este tiempo, lo habrán dejado para más adelante.

La abuela lo dejó entre las sábanas, vestido. El tiró del embozo y sintió su tacto húmedo en la cara. Afuera, seguía el frote de las hojas en lo alto, el tecleteo de los platos en el comedor, el roneo de la radio mal puesta, el leve roce de algún pájaro en la campana, los gritos de Cenutrio desde la taberna, machacando al pastor con un rey de oros.

Y como marco, el pueblo. No más allá de un aire hueco y parlanchín acariciando paredes de adobe.

El abuelo no cambió de postura en toda la tarde. Aún con los ojos de par en par, se convirtió por entero en un silencio adulto, un vacío que le vino de dentro y se calmó en un suspiro, el último, que inundó el cuarto en un instante y se hizo mudo para siempre, aunque cualquiera que se asomara a la oscuridad pensara que se había dormido plácidamente, como un niño, en aquella habitación donde nunca amanecía.

**Manuel Garrido Palacios**